



Cita con la tía

Cuando pensé que por fin había llegado el momento de empezar nuestra conversación, ella tomó el mando.

«Ven conmigo a la otra sala.

Quiero enseñarte algo.»

«¿El qué?»

Entramos en un salón casi tan grande como mi apartamento actual.

Unos ciento setenta metros cuadrados.

En su centro se alzaba una mesa de billar.

Me preguntó si conocía el juego.

Si sabía jugar.

Dije que sí.

Le expliqué que no era especialmente aficionado a la goriziana, la versión italiana tradicional, y que prefería el billar americano.

Ella sonrió.

«No me cabe duda.

Ya lo sabía.»

Aproveché de inmediato la ocasión.

Le pregunté si había gastado dinero en el Servicio de Inteligencia de Su Majestad, si había leído mis libros gratis, o si simplemente le había pedido información sobre mí a mi madre.

No respondió.

O quizá respondió con el silencio.

Luego me condujo hacia una mesa larga.

Sobre ella se exhibían juegos de cubiertos, estuches de manicura, estuches de pedicura y numerosos artículos de cuidado personal.

Todo estaba hecho de acero pulido.

Cada una de las piezas se pulía todas las semanas para conservar su brillo.

Pero no era eso lo que atrajo mi atención.

Cada objeto llevaba el mismo símbolo.

Las dos espadas.

La marca.

La firma.

La identidad.

Wilkinson Sword.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Por primera vez, comprendí de verdad dónde me encontraba.

No era el invitado de una directiva.

No era el invitado de una ejecutiva.

No era siquiera el invitado de una leyenda corporativa.

En un momento dado oí voces femeninas que la llamaban.

«Tía...

Tía...

¿Dónde estás?»

Sin vacilar, respondió:

«Enseguida voy.

Estoy con mi sobrino.

El hijo de Gillette.»

En ese momento ya no me quedaba ninguna duda.

Estaba en casa de mi tía.

Regresamos a la otra sala.

Todos estaban listos para partir.

Todos menos yo.

Maggy me tomó del brazo y dijo:

«Deja que te presente a mi hija y a mis dos nietas.

Ninguna de ellas está casada.

Ven conmigo.

Quiero enseñarte algo.

Espero que te haga feliz.»

A decir verdad, estaba completamente borracho.

No de vino.

De información.

De emociones.

De tiempo.

Ya no podía procesar nada de todo aquello.

Ella, en cambio, aquella viejecita inglesa, era un terremoto.

De inmediato me pregunté cómo debía de haber sido de joven.

Y si alguien habría podido alguna vez manejarla.

La respuesta llegó por sí sola.

No.

Ella estaba más allá de eso.

Era una mujer de acero.

Llegamos frente a una fábrica abandonada.

Se detuvo.

La miró en silencio.

Luego dijo:

«Fernando.

Todo empezó aquí.

Y si te hubieran conocido antes, hoy todavía tendríamos nuestra empresa.

Nunca nos habríamos visto obligados a venderla por una mala gestión y por decisiones arrogantes.»

Su hija.

Sus nietas.

Todas en silencio.

Incluso Dominique parecía emocionado.

Entonces dijo:

«Este es el recorrido emotivo que la anciana ofrece siempre para impresionar a sus invitados.

Siempre la misma ceremonia inglesa.»

Pero esta vez no le hablaba a un invitado.

Le hablaba a su sobrino.

Cuando terminó el recorrido, me llevaron de vuelta a mi hotel.

Fui yo quien pidió regresar.

No estaba preparado para absorber tantas emociones en un solo día.

Pero volveríamos a vernos al día siguiente.

Ferdinando Frega